Legacy of Kain: Soul Reaver (+17)

Deni Leyn

Capítulo 1

Kain está deificado. Los clanes cuentan historias sobre él. Pocos conocen la verdad. Una vez fue mortal, como todos los de su estirpe. Sin embargo, su desprecio por la humanidad le obligó a crearnos, a mí y a mis hermanos.

Capítulo 2

Los hombres de Moebius no pudieron hacer frente al cáncer que se expandiría y arrasaría con Nosgoth. La misma rebelión que estuvo a un solo bebedor de sangre de extinguir la raza vampírica no fue lo suficientemente poderosa. Tampoco lo serían sus futuras generaciones. Fueron muchos los factores que hicieron realidad esta pesadilla, y Kain supo aprovecharlos para beneficio propio.

Fueron tiempos difíciles, tanto para la humanidad como para el propio Kain. La primera, sería testigo de una nueva época oscura y desesperanza absoluta; muchos verían morir a sus seres amados y sus hogares bañados en una lluvia de sangre y vísceras. Y el segundo experimentaría constantes cambios en su físico y poder, ¡el don vampírico! Por si fuera poco, tendría el descaro de formar una familia que no pararía de crecer con el paso de los años.

El autoproclamado Señor de Nosgoth utilizó el cadáver de los Pilares para edificar el Santuario de los Clanes. «*Después de todo, este monumento me pertenece*», era el pensamiento que aparecía en su cabeza cuando se detenía a contemplar su magnífica obra. Sus esclavos construyeron un trono de oro aprovechando el estropeado Pilar del Equilibrio, donde dirigiría su decadente imperio, y tallaron en el material varias figuras humanas que simbolizaban la agonía y el lamento de su gente. Kain no interpretó aquello como un mensaje que buscaba su compasión —como si la merecieran— o un intento por atormentarlo con la culpa, sino todo lo contrario; en sus labios se dibujaba una sonrisa burlesca y avivaban su ego.

Por supuesto, dicha construcción tardó varios años en ponerse en marcha y en concluirse; el vástago del Equilibrio tuvo que encargarse de asuntos más importantes. Como su ejército. Su mayor orgullo.

Mil quinientos años se cumplieron de la Segunda Masacre del Círculo de los Nueve y de la caída de los Pilares.

Los débiles rayos de sol se filtraban por el gran vitral de la cúpula y alumbraba a la sala del trono. Su calor dejó de ser una amenaza para los vampiros hacía tiempo gracias a la construcción de la Chimenea, capaz de crear espesas y grisáceas nubes que cubran por completo el firmamento. Los Pilares hubieron de sentirse avergonzados por su lamentable aspecto.

Kain recibió a sus lugartenientes en completo silencio y sentado en su trono, indiferente y con el semblante serio. Sus dedos humanos fueron reemplazados por tres gruesas garras; apoyaba la palma de su mano

sobre el pomo de su vieja compañera de combate: la Segadora de Almas. La punta de la ondulada hoja reposaba sobre la cerámica, el vampiro no ejercía presión contra ella, o la cuchilla podría quebrarse. Y la guarda, que representaba el cráneo de un vampiro, miraba hacia el frente.

Los cinco vampiros reverenciaron a su Maestro sobre la plataforma de los Pilares, antes de dirigirse cada uno a sus puestos. Dos se encontraban en el lado derecho y los otros tres, en el izquierdo.

Turel era el segundo de sus hijos. Sus negros cabellos estaban recogidos por una cola de caballo. El iris de sus ojos era un extraño verde amarillento, una nariz pronunciada y la alargada punta de las orejas parecían formar una corona. Como a su Maestro, en su hombro derecho portaba una capa de color verde oscuro que cubría el brazo y la mano —el de Kain era un rojo como la sangre—, presumiendo el símbolo el clan Turelim en la tela. Físicamente, lucía y era alguien muy poderoso, capaz de hacer añicos el cuerpo de sus enemigos incluso estando protegidos por una armadura.

Dumah era el tercero. Su complexión física era robusta, con una piel similar a la del rinoceronte, y era el más alto de sus hermanos. Sus ojos se tornaron en unos hermosos escarlatas, como la luna roja. La nariz era puntiaguda y sus orejas largas, no tanto como las de Turel. Al igual que su hermano mayor, recogía sus oscuros cabellos cortos en una alta cola de caballo. Su capa era de color púrpura y su clan era el Dumahim.

Rahab, el cuarto. No era alto, pero tampoco el más bajo de sus hermanos. Había rastros de escamas en su piel azulada que recuerda a los viejos océanos y a los peces que nadaban en sus imperturbables y cristalinas aguas. El iris de sus ojos era un precioso azul brillante como el zafiro. Recogía su sedosa cabellera negra en una corta coleta. También portaba una capa en su hombro derecho, de color azul y con el símbolo del clan Rahabim.

Zephon, el quinto. Sus rasgos faciales eran afilados y puntiagudos, imposible de confundir con sus hermanos mayores y con el menor. Su cabello rojo como el fuego era corto, alto y puntiagudo. Sus ojos recordaban al sol. Su cuerpo ligeramente parecido al de su hermano Turel. El color de su capa era un verdemar y su símbolo era el los Zephonim.

Melchiah, el sexto y último. Aunque corpulento, era el patriarca más débil de los demás. Por culpa de la putrefacción que asolaba su carne, cosió pedazos de piel humana sobre su propio cuerpo, ganando una apariencia que incluso sus hermanos rechazaban disimuladamente cuando sus ojos se encontraban con él. No tenía cabello y sus ojos eran dorados. Su capa era amarilla y su símbolo era el clan Melchahim.

Sin embargo, Kain no pasó por alto el espacio vacío que había en la plataforma de los Pilares, a su derecha. El tono que usó para consultar por el paradero del ausente no denotaba indicios de ira o desasosiego, algo normal para sus lugartenientes. Más bien, era como si necesitara confirmar una sospecha que ya tenía con antelación, mucho antes de la fecha pactada para la reunión.

Todavía sintiéndose extrañado y algo aturdido por haber sido el primero en presentarse ante Kain, Turel respondió con firmeza un «No, Maestro». Estaba acostumbrado a ver siempre de pie a su hermano mayor a la derecha del Maestro, conversando sobre *quién sabe qué* mientras esperaban a los demás.

Un Dumah desinteresado sólo se encogió de hombros, sin apartar la mirada del superior. Lo que hubiera ocurrido con el desaparecido le tenía sin cuidado. Si estaba muerto, ¡cuán grande sería su ventura! Pero estaba pidiendo un milagro divino.

Podían confiar en que Rahab colaborara con su aporte, por ser el más cercano a su hermano. Para su sorpresa, contó que habían pasado días de la última vez que supo de su persona, y el clan de éste tampoco brindaba mucha información respecto a su patriarca, como encubriéndolo.

Zephon y Melchiah negaron levemente con la cabeza cuando fue su turno. La relación que ambos tenían con él era bastante compleja, empero no significaba que no sacasen provecho el uno del otro cuando la situación lo ameritaba.

Como si Nosgoth lo hubiera exiliado de sus tierras.

El repentino y débil eco de pisadas anunciaba la aparición de un individuo a la sala del trono. Las sombras, que los rayos de sol no alcanzaban a ahuyentar, escondían a la perfección la figura del recién llegado... Su identidad es revelada cuando éste cruza el resplandor.

Tenía una piel tan blanca como la nieve que, si alguien la tocaba con la yema de los dedos, no pondría en duda que esta persona había abandonado el mundo de los vivos hacía bastante tiempo. Recogía su larga y sedosa melena negra como las plumas del cuervo con una coleta de metal, y tapaba sus puntiagudas orejas con dos conjuntos de cabello en cada lado de su rostro.

Sus rasgos faciales eran como los de un noble, y parecía estar escondiendo emociones y sentimientos que lo estuvieron acosando durante varias décadas debajo de una máscara que denotaba seriedad, con el ceño ligeramente fruncido y una mirada intensa. Ni siquiera Kain podría descubrir los pensamientos que rondaban por su mente. El iris de sus ojos era un hermoso verde claro, casi dorados como los de su creador.

El color de sus finos labios era un morado oscuro, y con ellos ocultaba dos filosos colmillos anacarados. Y una nariz que se asemejaba al pico del águila, por su forma curva y un puente prominente.

Las manos y los pies fueron reemplazados por las características y peligrosas garras de vampiro, ideales para la caza y el combate: estas le permitían atravesar el cuerpo de su adversario y arrancarle el corazón u otro de sus órganos vitales, o cortar la carne con tan sólo un rasguño.

Al igual que los otros lugartenientes, portaba una curiosa e inefable armadura que protegía la zona del cuello, ambos hombros y brazos y apenas el pectoral. Una capa de terciopelo rojo escarlata cubría su brazo derecho, con el símbolo de su clan tallado. Vestía una calza de cuero negro, la cintura era alta y abierta en la parte delantera, exhibiendo su plano y musculoso vientre, ajustado por tres tiras elásticas de color un marrón oscuro. El calzado, un par de botas de hierro bañados en oro, metal que resonaba por toda la habitación con cada paso que daba, golpeando el suelo de porcelana.

Su nombre era Raziel, el primogénito de los lugartenientes de Kain, a quien sirvió durante un milenio, y patriarca del clan Razielim. Estuvo en los albores del imperio junto a él y a sus hermanos. Y, unidos, formaron las legiones que conquistaron Nosgoth.

El Don continuó evolucionando. Con el tiempo, se volvieron menos humanos y más… *divinos*.

Kain solía ser siempre el primero en cambiar para emerger con una nueva virtud. La evolución debía tener lugar algunos años después de la del Amo. Hasta que Raziel tuvo el honor de adelantarse a su Señor:

Hizo la reverencia dentro de la plataforma de los Pilares. Sin vacilar un solo minutos, consciente de la acción que estaba decidido a realizar, reveló un par de alas de murciélago desarrolladas, magnificas y fuertes. Durante su ciclo de evolución, éstas se habían dado paso a través de su espalda rasgándola lenta y dolorosamente, experimentando una aflicción similar a los azotes con el *flagrum*, que desprende trozos de piel y carne con los pequeños trozos de hierro en sus cuerdas, dejando marcas que le fue difícil de ocultar ante los ojos de los demás con el transcurso de los días.

Las miradas atónitas de los presentes no tardaron mucho en figurarse en sus rostros, una reacción que el pelinegro esperaba cuando antelación.

El día que la tortura se pronunció, una inquietante corazonada no había parado de acecharlo desde entonces. Ni siquiera cuando por fin aceptó que sus alas nacieran. No obstante, sabía que tenía que controlarse. El nerviosismo, a veces, crea ideas equívocas respecto hacia una situación o

un individuo en concreto.

«*Conozco muy bien a mi Maestro. He intercambiado opiniones con él en varias ocasiones. Dicha preocupación no tiene su razón de existir*», analizaba el joven vampiro, rememorando aquellos momentos.

Los labios de Kain apenas se abrían y cerraba; no encontraba palabras exactas que pudieran expresar su impacto. Tampoco podía apartar sus dorados ojos de semejante obsequio que había ganado su primogénito. Dejó la Segadora de Almas reposando a un costado del trono, se levantó y se aproximó a este.

El pelinegro mantuvo sus labios sellados y el semblante serio. También enderezó su cuerpo y esperó a su Maestro.

Raziel nunca demostró debilidad ante su padre ni ante sus hermanos. Este encuentro no iba a ser la excepción. Se había jurado a sí mismo, después de nacer, nunca hacerlo. Sin embargo, comparado a la inevitable orden de Kain...

Que un vampiro rechazara la evolución era igual de absurdo que el hombre negándose a la etapa adulta. Un ciclo inevitable. Sí podía retrasarla, como Raziel estuvo haciendo... Pero todo tenía un límite, incluyendo el recipiente de carne que resguardaba el alma: Cuanto más se resistieran, más doloroso sería y correrían el riesgo de desfigurar su complexión. Tarde o temprano, le gustara o no, tendría que ceder ante el Don y ponerle fin a su martirio. Para fortuna de uno y desgracia para otros, este ciclo llegaría a su fin. Y eso mismo había ocurrido con Kain años atrás, y detestaba recordarlo.

¿Por qué permitir que su cuerpo continuara resistiendo aquel tormento, en vez de liberarlas? No era lo mismo retener una desagradable apariencia para conservar la belleza; que sus hermanos sí estuvieron dispuestos a perder a cambio de más poder; a un Don tan pesado como lo eran un par de alas:

Cuando la pesadilla anunció su primera manifestación, en la zona escápula habían aparecido marcas similares a las cicatrices, de un curioso tono sonrosado, y sobresalían de la espalda —conocido como escápula alada—, generándole una incómoda y dolorosa aflicción que no todo vampiro podría soportar, menos los novatos. Y ni hablar del ganado humano.

Existe una etapa denominada *Khrysallis*: Un viscoso y resistente capullo envuelve al vampiro y éste sucumbe en un estado de inconsciencia de varios años —normalmente, medio siglo—. El huésped no puede alimentarse hasta que la metamorfosis se completase; despertará con un voraz apetito. La crisálida tiene que permanecer inmóvil durante ese

lapso.

Raziel pudo haberse ahorrado ese suplicio si hubiese accedido a caer en un profundo sueño de no ser porque levantaría sospechas: Sus alas continuarían luchando para salir y una segunda columna vertebral se desarrollaría para sostenerlas, mientras que él disfrutaría de su letargo sin padecer dicho tormento. Como una larva a punto de convertirse en una radiante mariposa.

Invadido por una ira intensa y celos enfermizos, detrás de su entonces hijo favorito, Kain rozó las puntas de sus garras en las alas. La textura era suave, haciéndola lucir frágil y recordarle la esencia de la piel humana mediante el tacto. Estaban hechas con dos delicadas capas extendidas de piel pálida con algunas manchas negras alrededor del brazo de murciélago. Comparados a sus brazos y piernas, los tres delgados huesos —dedos de murciélago— que se podían apreciar eran largos. ¿Cómo pudo ser posible que su fiel lugarteniente se atreviera a insultarlo de ese modo? ¡Imperdonable!

Raziel tenía un mal presentimiento respecto a la situación. Intentó analizar las intenciones de su Amo moviendo despacio y discreto la cabeza hacia los costados. Después, hacia sus hermanos, intercambiaban miradas. Esa señal nunca fue ni sería buena. Tampoco lo era cuando se detenían a observar con atención a Kain, como si estuvieran esperando una respuesta de su parte...

Por aquella desobediencia, el lugarteniente recibió un nuevo tipo de recompensa: la agonía.

Raziel experimentó un intenso y espantoso padecimiento recorrer por toda su escápula y ambas columnas vertebrales. Cayó de rodillas al suelo y continuó hasta quedar boca abajo.

Luego, escuchó el crujir de los huesos de sus alas. Kain había estrujado con sus garras los restos que arrancó sin compasión y con cólera.

Confusión, decepción, humillación e ira conquistaban la mente y joven corazón del alado.

La plataforma de los Pilares estaba manchada con su propia sangre. Kain vio cómo su hijo se retorcía de dolor, a la vez que intentaba comprender lo que había ocurrido.

Una lágrima brotó de los ojos de Raziel.

Finalmente, perdió el conocimiento.

§

Sólo había un resultado posible: su condenación eterna. El gran Raziel iba a sufrir el destino de los traidores y débiles: Arder eternamente en las entrañas del Lago de los Muertos.

El lago estaba ubicado en el centro de Nosgoth, al sur de la Cueva del Oráculo y el Bastión de Malek, al norte del Santuario de los Clanes, y en el extremo norte del marchito bosque Termogent.

En el centro del lago, donde existió hacía miles de años una agradable isla, ideal para el turismo, había nacido un enorme remolino de tono verdoso bautizado como el *Abismo*. Se alimentaba de las empinadas cascadas y una especie de arroyos más pequeños que llegaban a los altos acantilados marrones que lo rodeaban. Gran parte se había secado y el nivel del agua había caído significativamente, dejando solamente el noroeste del mismo. La isla ahora no tenía rasgos distintivos y estaba dividida en dos sectores más limitados a cada lado del sumidero: Por el momento, una sola isla era accesible desde los bordes gracias a un puente de madera que se extendía desde la abertura del acantilado, conduciendo hacia los Pilares de Nosgoth y por donde mismo Kain y sus hijos habían venido. El pináculo de la Catedral Silenciada y la Chimenea se podían admirar sobre la cima de los acantilados, muy alejadas.

La Catedral había sido construida por humanos como un arma sagrada de destrucción contra el imperio de Kain, concebida para cantar un himno mortal que destruiría a todos los bebedores de sangre de Nosgoth... ¡Oh la ironía que saborearían con el pasar de los años!

El paisaje era escalofriante. Sólo los valientes se atrevían a asomarse por los bordes con tal de embelesar aquel fenómeno de agua, acción que Kain realizó segundos antes de que Turel y Dumah llegaran con el cuerpo de su hermano mayor arrastrándolo como un animal de ganado, cada uno sujetando uno de los brazos, guardando silencio y con la vista al frente.

Ninguno de los dos tenía compasión por su desdichado hermano. Una inmensa felicidad se apoderó del dúo una vez procesado el acontecimiento: Se desharían de un estorbo y por órdenes de su Maestro. No tuvieron que mancharse las manos y tampoco tuvieron que arriesgar sus valiosas vidas.

Kain se alejó del borde para dar paso a Turel y Dumah. Sin remordimientos, le dio la espalda a su primogénito y ordenó, con voz autoritaria y por encima del hombro:

—¡Arrojadlo!

Ambos lugartenientes ejecutaron la orden sin reproches y con una siniestra sonrisa dibujada en sus rostros.

Raziel cayó ardiendo en el fuego candente, hundiéndose en las profundidades del abismo. Un dolor indescriptible, una agonía incesante...

Para él, el tiempo se había detenido.

Sólo quedaba la tortura y un odio enfermizo hacia la hipocresía que lo condenaba a este infierno...

Transcurrió una eternidad y su tormento amainó, rescatándolo del precipicio de la locura. La caída lo había destruido, desfigurándolo por completo y transformándolo en un ser totalmente diferente y espeluznante, pero... ¡estaba vivo!

Su carne había tomado un color azul por las intensas quemaduras producidas por el agua, que actuaba como ácido para los vampiros. Las pupilas desaparecieron de sus brillantes ojos. Sus arruinadas alas relucían cual capa de seda. La caída también había expuesto su segunda columna vertebral.

Lentamente caía su desteñida capa invertida y aterrizó sobre su hombro derecho, con el que cubriría la ausencia de su mandíbula. Esta acción simbolizaba su separación del imperio de Kain y traición por quienes consideraba una familia.

—Raziel —habló una desconocida, profunda y gruesa voz masculina, como si de un dios se tratase, sorprendiéndolo—, ¡eres valioso!